

## JOAQUIN V. GONZALEZ Y LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

Permítaseme que revele, en primer término, como llegué a la cima de la montaña, es decir, a conocer a Joaquín V. González. Dos senderos me llevaron hasta él: uno, fue su hijo, su hijo Julio, a quien me unía una gran amistad, cultivada en inolvidables horas estudiantiles. El otro, fue un poeta, un gran poeta, Arturo Marasso, el autor de "Bajo los astros", a quien el grande hombre había descubierto en un pliegue del Famatina, como la "Flor del aire", toda temblorosa, fina y perfumada.

El hijo me llevó varias veces a la casa de su padre, en Belgrano, frente a la plaza. Allí estaba el maestro sentado en su escritorio, rodeado de libros que le formaban guardia de honor, alineados en los estantes. Sin duda alguna, prefería dialogar con ellos a conversar con la mayoría de los hombres. Tenía la prestancia de un Grande de España, al cual faltaba la goliella y la espada. Esta última, sin embargo, estaba en su pluma. El rostro pálido se asomaba enmarcado en una barba plácida que terminaba en punta. Parecía una figura de Velázquez, que había abandonado el mazo de su cuadro, entristecida por el tiempo, ausente de todo el mundo menos de sí misma. Un aire meditativo descendía de la frente para ennoblecer el rostro. Era allí, en su biblioteca, una lección permanente para los que estudian y los que piensan. Meditaba con aire soñoliento, pero su sueño no era físico y tampoco era sueño. Era un ensueño profundo, hondo, que le hacía bajar los párpados para deleitarse con el juego de las ideas y la dulzura de las emociones.

Julio admiraba a su padre. Yo le decía que su V, intermedia entre su nombre y su apellido, era la misma que la del autor de sus días y le anunciaba la victoria. El conocía profundamente la obra de su genitor y sabía que el mejor regalo para su amigo, era llevarlo aunque sea por breves instantes delante de él.

El otro sendero, y muy florido, para aproximarse a la cima, y sobre todo para conocer los dulces valles de su corazón, fue repito, Arturo Marasso, que traía de la montaña la serenidad de la cumbre y de sus brisas la dulzura de su voz. Riojano como él, rebosante de bondad como él, cósmico como él, Joaquín González había descubierto en sus sienes una “pequeña hoja de laurel” que después se convirtió en corona total. En aquel tímido maestro de primeras letras, existía un corazón eglógico, un gran poeta que llegaría a ser uno de los más sabios profesores de literatura en la Universidad de La Plata.

Cuenta Marasso que en 1914 había ascendido con el Maestro a la cima de una colina, allá en el Famatina amado. Era una mañana azul, de sol, de viento. . . “Allí —dice— me habló de su sentido místico de la patria, y era la piedra, el pájaro los que hablaban en su voz, una veta de historia “incontaminada”. González fue, en efecto, un espíritu panteísta que comprendía el lenguaje escondido y sutil del mundo; que sentía la belleza y la armonía de las cosas creadas; que abría en silencio las ventanas de su jardín interior para escuchar la música pitagórica de los astros. Su misticismo neoplatónico nació del contacto de su alma suprasensible con el principio divino trascendente de la naturaleza. “Un día —escribe— la montaña nativa habló por mí; yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepuleros; entonces ví, conocí, sentí que era místico”. Dulce y consoladora revelación que expresa la iluminación súbita de su alma por las escondidas luces del misterio. De los diálogos platónicos debió preferir, el Critón que trata del Deber y el Fedón, de la inmortalidad del alma.

No voy a detenerme ni siquiera un instante en su labor

cielópea de legislador, constitucionalista, parlamentario, internacionalista y hombre de letras. Sólo me referiré a su espíritu universitario, poniendo de relieve la universalidad de sus conocimientos, pues no dejó fuera de su observación y de su experiencia lo que necesitaba conocer para ensanchar su espíritu y abrir nuevos caminos hacia ignorados horizontes.

Pocos hombres en nuestro país han realizado una obra tan fecunda y al mismo tiempo tan silenciosa, porque a este cultivador de almas no le preocupa el ruido de la calle y el aplauso público, sino la satisfacción íntima de su misión civilizadora. Construir con ideas es construir sin alboroto; edificar con principios es asentarse sobre cimientos de hierro y de granito: soñar sobre un futuro lúcido es adivinar horizontes luminosos y destinos elevados; tener siempre encendida la lámpara de la meditación y del estudio es ahunyar las sombras y triunfar sobre la noche.

Lo que admira y emociona en este hombre es su labor ininterrumpida durante toda su existencia. Trabaja sin pausa, de la aurora de un día a la aurora de otro, sin detenerse para mirar lo recorrido y sin que la inteligencia se fatigue, por que la alimenta un corazón con los fuegos encendidos por nobles pasiones. Todas sus obras fueron "sus montañas", desde cuyas alturas su pensamiento conquistó lejanías pobladas de luces. Todas sus montañas podrían condensarse en una sola: en la montaña de su sabiduría. La fue elevando, en un esfuerzo titánico, con rocas graníticas, con piedras preciosas, con facetas multicolores que miraban a todos los vientos, a todos los soles y a todos los cielos.

Era un hombre de acción y era un poeta; era un realista y un soñador empedernido, a quien sostenían la voluntad y la paciencia. Lo iluminaban las ideas y lo alentaban el amor y la simpatía humanas.

González consideró siempre a las universidades como las verdaderas fortalezas del espíritu, como el refugio inexpugnable de las inteligencias creadoras, como las depositarias de la historia, de la tradición, de la ciencia y de las letras a través

de los tiempos; como el santuario donde todas las almas se reconcilian hermanadas en un solo culto: el culto de la luz.

La Universidad de La Plata fue la obra más sólida y armoniosa de este admirable arquitecto de la enseñanza pública y universitaria. Desde los cimientos hasta la cúspide; desde las raíces hasta la floración más alta; desde el tronco inmovible hasta las ramas más diversas; desde las líneas más simétricas y rígidas hasta las más delicadas y flexibles, todo lo hizo este arquitecto prodigioso pensando que construía un templo de sabiduría para la gloria del país.

González fue un monje laico que construyó su catedral. Una catedral gótica de la ciencia por cuyos ventanales multicolores entraba la luz a raudales, donde se podía escuchar el himno permanente a la verdad y el amor, y cuyas agujas inmantadas apuntaban hacia los ideales más puros y serenos.

“La escuela moderna —escribe— es el experimento por excelencia; es el fenómeno biológico colectivo más interesante que puede ofrecerse al espíritu científico; es el hecho más incierto y complejo en sus períodos iniciales, aunque sea indudable y cierto el hecho mismo de la vida y del desarrollo; plantada en el terreno fecundo, pero susceptible de todas las buenas y malas influencias del alma juvenil, necesita de una vigilancia interna imperturbable e imperturbada; y el maestro, como el cultivador y el experimentador, no debe ser distraído en su labor prolija por los brutales golpes de aldaba de la calle, que rompe toda la armonía interna del proceso imaginativo, y lo obligan a interrumpirlo, a dividirlo, acaso a perderlo; así lo han comprendido las sociedades, los partidos, los gobiernos de las naciones más cultas de los tiempos modernos, porque siempre conservaron rodeados del más seguro respeto, extraños a sus vicisitudes, a sus pasiones y a sus sacudimientos, las casas de estudio, miradas como algo común, como lugares de refugio inviolables del alma de la nacionalidad misma, para que pudiesen resurgir después de las derrotas, de las matanzas, de las conflagraciones; para reconstruir y reverdecer lo que la barbarie de las guerras civiles o de los odios facciosos hubiese reducido a cenizas en ciudades y campos”.

Joaquín González se refirió en aquella época a un mal gravísimo, hoy felizmente atenuado: me refiero a la falta de vocación por la enseñanza y en la urgencia de remediarlo. Sin maestros auténticos no puede haber escuela verdadera. El profesor, el maestro, no es un empleado, es un misionero. Ese debe ser su espíritu. “El peor síntoma de degeneración de la enseñanza pública —decía en uno de sus discursos universitarios— es el concepto que se ha llegado a formarse de la tarea docente, a punto de confundirla con el empleo lucrativo y sedentario, que a manera de jubilación prematura, buscan todos los incapaces para la lucha personal y el trabajo independiente. La formación del maestro y del profesor en escuelas especiales en estos últimos tiempos —agrega— y su perfeccionamiento en institutos universitarios ha llegado a ser una cuestión capital de gobierno en las naciones más cultas del mundo. El maestro, el educador público, puede ser el autor, el artífice de la patria; el forjador de esos caracteres que osifican un conjunto étnico informe, le dan formas de naciones y estados y modelan épocas y civilizaciones; así es como la enseñanza universitaria, abarcando todos los cielos de la vida moral del hombre, desde la escuela primaria hasta la alta investigación independiente, puede llegar sin esfuerzo artificial a la unidad moral, a la sencilla concepción de la vida en su realidad física y psíquica indivisible”.

El pudo decir que la Universidad de La Plata llegó a realizar en el tercer año de su existencia lo que él había soñado: “la organización y el funcionamiento de la enseñanza superior pedagógica, combinando las exigencias de la enseñanza pública en todos los grados, con el fin superior universitario de dar al país el tipo más completo posible de hombre educado e instruído para su destino personal y nacional”.

Es de admirar la voluntad creadora de este hombre, que en medio de los pequeños afanes del diario luchar, saca energías sobrehumanas para pensar y soñar. La creación de su obra máxima le costó muchos dolores, muchas angustias, muchas batallas contra la incompreensión, el egoísmo y la ceguera; pero sonreía siempre porque intuía el triunfo definitivo. Ningún tu-

multo podía despertarlo de su sueño. Si cerraba los ojos era para escuchar mejor la canción optimista de su alma. “A mi no me ha derrotado nadie —dijo una vez— y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista, porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada”. . . Y él creía en la verdad, en la justicia, en la libertad y en la belleza. Con la cuádruple coraza de estas creencias podía cruzar los caminos más peligrosos, desafiar las tempestades más violentas y destruir las soberbias más erguidas.

“Las universidades, —decía el Maestro— no son solamente institutos de altas especulaciones, ni sitios consagrados de conservación y progreso de las ciencias y las artes: son en primer término, focos de luz y de calor, donde germinan y toman prolíficas, los sentimientos de solidaridad social en que se funde el único patriotismo verdadero, aquel que no se diluye en palabras ni se pierde en movimientos o agitaciones estériles, sino que consiste en esa virtud de generar grandes inspiraciones del bien en cada ciudadano y en la colectividad”.

En estas palabras González traduce su pensamiento sobre la función esencial de su destino, sobre la misión patriótica y humana en toda colectividad bien organizada. Alienta el mismo pensamiento de Avellaneda: “Nuestros colegios no tienen por fin formar hombres profesionales, sino simplemente hombres de trabajo y de honor, aptos para la vida social”.

Quiero traer ahora a colación uno de los recuerdos más gratos de mi vida universitaria. Me refiero al acto magnífico que tuvo lugar en el mes de septiembre de 1918, en que la Universidad de La Plata despedía a su creador. Me tocó hablar en nombre de todos los estudiantes del país y dije en aquel entonces lo que puedo repetir hoy: “Estamos en presencia de un sembrador de ideas, de sentimientos, de anhelos superiores; estamos en presencia del padre espiritual de varias generaciones argentinas y uno de los apóstoles eminentes de la cultura nacional. La obra del maestro es tan amplia, tan honda y tan sólida, que el juicio de la historia ha de colocarlo al lado de

Sarmiento, su antecesor genial en la práctica de la fórmula “educar es gobernar”.

Pero hay dos palabras que sintetizan admirablemente su obra de educador: “política espiritual”. Política espiritual, es decir, la lucha de la verdad contra la mentira, de la sabiduría contra la ignorancia, del bien contra el mal, de la luz contra la sombra, del optimismo sano y fecundo contra el escepticismo enfermo y estéril. Política espiritual, es decir, el predominio de las ideas generosas, de los sentimientos nobilísimos, de las dulces emociones, sobre los instintos primitivos, sobre las tendencias ancestrales, sobre los egoísmos infecundos. Política espiritual, es decir, la libertad de las almas, abiertas a todos los vientos, a todas las esperanzas, a todos los ensueños, a todas las auroras. Política espiritual es la elevación de la conciencia colectiva, mediante la educación integral, para que los movimientos sociales no sean espasmódicos e inútiles, sino armoniosos y constructivos. Política espiritual es la acción de la escuela moderna, —“el fenómeno biológico más interesante que puede ofrecerse al espíritu científico”— despertando las almas sedientas de luz, purificando y ennobleciendo las vidas. Política espiritual es la obra que realiza el instituto de altos estudios más científicos y más sabiamente organizado del país: la Universidad de La Plata. Es allí donde el maestro sueña que “la miel intelectual recogida por mil invisibles abejas del bosque ilimitado de las ciencias, de las letras y de las artes, vendrá a condensarse en un panal maravilloso que alimentará de substancia y de dulzura el alma de generaciones enteras”.

El lema de la Universidad de La Plata que escribió su fundador, dice: “Pro ciencia et patria”. Su profundo significado es éste: Que por la Universidad se va hacia la sabiduría; que por la Universidad se va hacia la justicia; que por la Universidad se va hacia la libertad; que por la Universidad se consolida la República.

Joaquín González en sus últimos años padeció la nostalgia de sus montañas. Hubiese querido morir al pie del Famatina —como se lo dijo a su hijo— cerca del cielo, bajo la luz de los

astros, en una noche serena. Hubiese deseado conversar por última vez con la piedra milenaria, con el pájaro travieso, la planta trémula y sufrida, el arroyo manso y confidente. Hubiera anhelado entrar para siempre en Samay Huasi —casa del reposo— dejando en la puerta sus sandalias de peregrino de la luz, cargadas del polvo de los caminos, pero con el corazón aliviado de haber repartido tanto amor y esperanzas sobre la tierra. Pero no pudo ser. Tuvo que esperar. Murió pobre, como tantos ricos en ideales y en ensueños. Años después de su muerte sus amigos y discípulos lo trajeron a descansar a su tierra nativa. Allí duerme el sueño de la gloria.

**OSVALDO LOUDET**

Ayacucho 1084, Buenos Aires